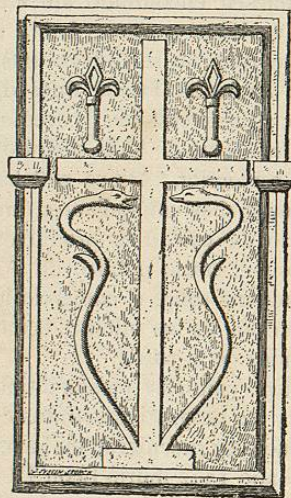


aquel Estado, la aversion pronunciada de la poblacion griega sometida, contra la Iglesia romana. Pero el peligro que de esto podia resultar desapareció en parte, porque los reyes de Chipre vigilaron con mucha prudencia, haciendo que las severas leyes que habia dado la curia romana contra los griegos separados, fuesen aplicadas de la manera mas suave. Adornaba además á los señores de la isla, la aureola de ser regentes del reino de Jerusalem. Su corte era el centro de la mayor parte de los grandes del Oriente cristiano; allí se fijó y codificó el antiguo derecho del reino de Jerusalem, y allí se cuenta que Santo Tomás de Aquino escribió su célebre tratado *De regimine principum*, para instruccion del último rey de la línea masculina de los Lusignan, á saber, para el niño Hugo II (1253-1267).

Hugo III (1267-1284) era por parte de su padre, segun ya hemos visto, hijo de la casa reinante de Antioquia, y como



Esculturas de la tumba de Guido II, duque de Atenas

rey se llamó Hugo de Lusignan, y por eso le cuentan á él y á sus sucesores como de la familia de los primeros soberanos de Chipre. Su reinado se señaló por varias calamidades acacidas en la costa de Siria; sin embargo, parece que no fué del todo indigno de llevar el sobrenombre de «el Grande» que se le da en la historia de la isla; pues instruido y activo administró sus dominios con inteligencia y buenos resultados. Su segundo hijo Enrique II (1285-1324) perdió á Acre y arrastró una vida miserable en Chipre, pues siempre estuvo en disputas con sus hermanos, los cuales le despojaron en varias ocasiones del trono, y también sufrió graves enfermedades hasta que por fin murió sin dejar sucesión.

Sin embargo, los años de su reinado señalan el principio de la historia mas brillante de Chipre en la Edad media; pues la mayoría de los caballeros y comerciantes que abandonaron huyendo los antiguos domicilios de Siria, no se fué con los hospitalarios á Rodas, ni con los armenios á Lajazzo, sino que reforzó las fuerzas de defensa de la isla floreciente. Arribaron también otros colonos de Occidente, atraídos por las riquezas de aquel punto mas avanzado de la dominación franca, llegando á ser Chipre en el siglo XIV «la frontiere puissante et nécessaire de la chrétienté catholique». Los ciudadanos de las poblaciones europeas comerciales trasladaron á Chipre los distritos coloniales que no podían ya sostener en la Siria. Famagusta principalmente, puesto tan celebrado en romances, consejas y cuentos, fué el centro de su actividad. Los productos de la isla, tales como azúcar, vino, algodón é hilos de oro, allí se embarcaban. Todos los tesoros de Asia, todos los productos de Europa se encontraban allí

en enormes cantidades, como antes habia sucedido en Acre. Una riqueza deslumbradora llenó las casas de la ciudad, viniendo despues sobre ella el lujo y la sensualidad.

Influencias particulares de parte de Europa favorecieron este desarrollo de la vida insular. En los primeros decenios que trascurrieron despues de la caída de Acre, quedó todavía la esperanza de la liberación de Jerusalem mediante nuevas cruzadas. Se creyó, sin embargo, que no se podrían preparar mejor las guerras futuras sino conservando alguna relación pacífica con los musulmanes. Los egipcios necesitaban la madera de construcción y el hierro de Europa, y llenaron sus cajas públicas con los derechos de aduanas con que se recargó el comercio; por consiguiente, podían causarse graves perjuicios interrumpiendo los cristianos todas sus relaciones. La Iglesia romana intentó con severas prohibiciones, poner término al comercio impio con los egipcios, y á ser posible con todos los mahometanos en general; pero no consiguió grandes resultados, porque lastimaba con eso los intereses particulares y porque á consecuencia del decaimiento que ella misma experimentaba en Aviñon, habia concedido licencias para tal comercio á cambio de dinero; sin embargo, su prohibición perjudicó especialmente al comercio que se hacia en el territorio de los mamelucos. Fueron enviados algunos barcos de guerra para que se apoderasen en alta mar de «los malos cristianos», que se atrevían á navegar hacia Alejandría ó Damietta, y los de Chipre sacaron de esto las mayores ventajas. Estos no solo se ocupaban con celo en vigilar sobre el mar, sino que vieron con gusto, cómo los comerciantes de Occidente, por miedo á las amenazas de la Iglesia, se dirigían siempre en número creciente á Famagusta, puerto cristiano á donde podían ir sin miedo, y desde el cual con el mismo desembarazo, podían sostener el comercio mas activo con el vecino continente.

A Enrique II sucedió su sobrino Hugo IV, que reinó en Chipre 35 años (1324-1359), disfrutando aquella isla en general de buenos tiempos. El rey estaba aliado con los venecianos, los hospitalarios y el Papa en la lucha contra el islamismo. La conquista de Smirna, que despues quedó en manos de los caballeros de Rodas durante medio siglo, constituyó el hecho mas brillante de su época. Sucedióle su hijo Pedro I (1359-1369), hombre por cierto enérgico y de carácter, pero dado también á locuras. Juró con la espada desnuda al cuello exterminar á todos los mahometanos. El puerto de Atalia, donde Luis VII habia pasado sufrimientos tan amargos en el año 1148, fué por él asaltado y castigado con horrible matanza. Marchó despues por toda la Europa, animando á los pueblos de Occidente á una nueva cruzada. Se celebraron en su honor banquetes y torneos, y le hicieron regalos y promesas, pero para su gran empresa recibió pocos socorros. Sin embargo, se determinó á dar un ataque contra Egipto, tomó y saqueó á Alejandría (octubre de 1365), pero tuvo que abandonarla porque no se podía defender por mucho tiempo en sitio tan lejano. Despues hizo todavía algunas tentativas de ataque contra varios puntos de la costa de Siria; pero irritó tanto á sus magnates por los excesos y crueldades que cometía, que se rebelaron contra él y le dieron muerte en enero de 1369.

Bajo el gobierno de su hijo Pedro II, que reinó hasta el año 1382, se inició el decaimiento del pequeño reino. Con los altivos distritos coloniales italianos habian tenido ya los reyes de Chipre mas de una contienda. Pero entonces estalló una discordia mas grave con los genoveses, que al fin se apoderaron de Famagusta en el año 1373, monopolizaron el comercio y acabaron con la fuerza del reino insular por medio de contribuciones abusivas de guerra. El rey Pedro II y sus sucesores intentaron varias veces, pero siempre en vano,

romper las duras cadenas que los genoveses les habian impuesto. Se precipitaron en la miseria por efecto de las guerras desgraciadas que sostuvieron, ya con la poderosa república marítima, ya con los sultanes de Egipto. El tesoro público de Chipre, un día superabundante, ofreció bien pronto el estado mas lastimoso, y el esplendor de Famagusta palideció también, porque los genoveses eran demasiado débiles para sostener por sí solos el comercio de medio mundo que allí habia florecido antes de su dominación. Las divisiones de la familia real, y las contiendas entre la población católica y la griega de la isla, acabaron de arruinarla. Aunque un osado guerrero, el rey Jaime II, bastardo de la casa de Lusignan, quitó á los genoveses la ciudad de Famagusta (1464), no pudo mantener por mucho tiempo la independencia como Estado, y tampoco la antigua riqueza de Chipre. El rey Jaime tuvo que buscar ayuda en otra parte y por eso se casó con la patricia veneciana Catalina Cornaro. Algun tiempo despues de su muerte, la ciudad de las lagunas tomó la isla bajo su dominación (1489), la conservó por espacio de un siglo, pero al fin la perdió como todas las demás posesiones de Oriente, apoderándose de todo los otomanos que avanzaron victoriosos.

CONSIDERACIONES FINALES

A la conclusion de esta historia de las cruzadas, réstanos aun hacer algunas consideraciones generales.

En lo que se ha escrito sobre la historia de las cruzadas, se habla mucho de un desenvolvimiento y una transformación que tuvieron las peregrinaciones armadas y que poco á poco fué modificando esencialmente su carácter. Pero en realidad hubo poco de esto; antes bien la guerra santa, desde el principio hasta el fin, y mientras los príncipes y pueblos se interesaron en ella, descansó en su parte esencial sobre un solo y mismo fundamento y revistió siempre iguales formas.

Los Papas crearon una especie de derecho de cruzada tomando á los peregrinos bajo su protección y concediéndoles diferentes privilegios. Urbano II habia dado ya el paso decisivo en el concilio de Clermont, y la única medida enteramente nueva que en tiempos posteriores puede notarse por parte de los Papas, fué el establecimiento de una contribución en dinero al lado de la contribución de sangre que prestó el Occidente para la guerra santa con los ejércitos cruzados. Inocencio III fué el primero que exigió esta contribución del clero de la cristiandad romana en el concilio de Letran, celebrado en el año 1215. Los Papas que le siguieron imitaron su ejemplo; y en todos los países, desde Italia hasta Noruega, y aun en la remota Groenlandia, se exigieron los tributos de cruzada y continuaron pagándose mucho tiempo despues de la toma de Acre; pues en el siglo XIII se pidió y recaudó esta contribución varias veces, la cual fué empleada en grandes cantidades para socorrer á los cristianos orientales, principalmente para los reyes de Chipre y Armenia.

Se ha dicho también que las cruzadas recibieron una transformación radical, no solo por parte de los Papas sino también por la de los príncipes de Europa, pues mientras se hallaron al frente de la empresa santa por los años 1096 el papa Urbano II y Adhemar de Monteil, el «Dux belli» en la segunda cruzada, la marcha de los sucesos dependió mas de Luis VII y Conrado III que de Eugenio III y su legado, y por los años 1189 arreglaron la expedición cristiana casi sin contar con los Papas, Felipe Augusto, Ricardo Corazon de Leon y sobre todos el emperador Federico I. De aquí se ha sacado por consecuencia que las cruzadas estuvieron al principio bajo la dirección de la curia romana, pero que despues pasaron poco á poco á manos de los Estados civiles. Esto

no es exacto en general. Si un hombre débil como Eugenio III ocupó la silla de San Pedro, y si al propio tiempo al frente de los Estados hubo príncipes prudentes y enérgicos, se desprende por sí mismo que entonces, no el poder eclesiástico, sino el civil sería el que alcanzara mas influencia. Pero los Papas exhortaron siempre á la guerra santa lo mismo en el siglo XII y XIII que en el XI, prometieron su protección á los peregrinos y enviaron sus legados á los ejércitos cruzados. Los pueblos se levantaron á la lucha siempre en la misma forma, ya agrupados en derredor de un rey ó emperador, ya marchando en grupos, pero siempre de manera que aleja toda idea de transformación radical de las cruzadas. Los príncipes de la Iglesia, Inocencio III, Honorio III, el cardenal Pelagio, etc., influyeron mucho mas, á principios del siglo XIII, en la marcha de la guerra santa, que Urbano II (1) y Adhemar de Monteil, ó cualquiera de los Papas y legados del siglo XII.

Lo mismo puede decirse de la asercion de algunos escritores, segun la cual las cruzadas se transformaron en expediciones profanas. Cierto que en todas las peregrinaciones hubo mucho afán de ganancias mundanas (la cuarta cruzada fracasó por hallarse exenta de aquellas miras), y el emperador Federico I, Ricardo Corazon de Leon, Federico II y muchos otros príncipes de la cristiandad, procuraron sacar ventajas, no solo por medio de la lucha valiente y fervorosa, sino por medio de atinadas negociaciones con los musulmanes; ¿pero resulta de esto algo esencialmente nuevo? Durante la primera cruzada, Boemundo y los normandos suspiraron también por nuevas conquistas; Raimundo y sus caballeros abundaron en las mismas ideas; todo el ejército era sobremanera inclinado á adquirir dinero, y el supremo consejo de los jefes de peregrinación no despreció la ocasión de entrar en el año 1097 en amistosas relaciones diplomáticas con los «ímpios paganos» de Egipto, es decir, con los fatimitas.

Por consiguiente, de lo que se ha dicho acerca de la alteración del carácter de las cruzadas, hay que tomar tan solo como cierto lo que fué resultado del gradual incremento de los gobiernos occidentales y del desarrollo de las diferentes relaciones internacionales. Pero aquella fuerza á la cual debieron principalmente las peregrinaciones armadas su origen, lo mismo que su colorido peculiarísimo, es decir, la energía del entusiasmo religioso y el fervor del ascetismo de la Edad media, apenas tuvo variación en su naturaleza propia (2). Estos fueron los estímulos que obraron principalmente en los corazones de los peregrinos, lo mismo en el siglo XI que en el XII y XIII. Los compañeros de Godofredo y de Pedro, por la novedad de la empresa, estuvieron probablemente poseídos de un fervor mas entusiasta que los compañeros de Luis VII y Federico I; pero en todos los tiempos movió, si no á la generalidad, á lo menos á la mayoría de los cruzados, el entusiasmo religioso en la lucha, en la adversidad y en la muerte. Poco á poco se perdió la fuerza del ascetismo, y con ella acabó también la guerra santa. La extinción del movimiento religioso fué en gran parte efecto de las mismas causas que dieron por consecuencia el mal resultado de la lucha gigantesca por la reconquista del Oriente.

Dejemos á un lado, por no embrollar la exposición, aque-

(1) Haciendo exclusion naturalmente de la oración pronunciada por Urbano en el concilio de Clermont, la cual dió á las cruzadas nueva vida.

(2) Prutz rebaja en ambos escritos ya mencionados en otro lugar el efecto del ascetismo á una medida muy modesta. Segun él, las cruzadas descansaron principalmente en la desesperación de los pobres por su situación, en el deseo de los señores por ganar dinero, y en otros motivos análogos. Hasta qué punto influyeron estos motivos ya lo hemos dicho en esta narración histórica. Pero sobre todo, el entusiasmo religioso fué para ricos y pobres el impulso mas poderoso que tuvieron.

llas necias opiniones, de ningun valor ya hace mucho tiempo, segun las cuales, las cruzadas solo fueron el resultado, ya de malos deseos, ya de fanatismo insensato (1), y que por lo mismo no dieron resultado alguno duradero; y pasemos á la moderna historia que nos señala dos causas principales del mal resultado de las peregrinaciones. En primer lugar se dice que el impulso principal para la reconquista de los lugares mas antiguos de la civilizaci6n cristiana, fué precisamente religioso, y por lo tanto, poco á propósito para llevar á cabo una obra que hubiera debido apoyarse sobre una base político-militar. En segundo lugar, se censuran acerbamente las faltas morales que se manifestaron en los cruzados, principalmente en los francos, estando en el Oriente, y á las cuales se atribuye la pérdida de las esperanzas cristianas. En ambos casos hay mucho de verdad. La preponderancia del impulso religioso y la inmoralidad de los francos en Oriente causaron un daño incalculable. Pero con esto no se evidencian por completo las causas principales del mal resultado de las cruzadas, ni menos se ha hecho sobre ellas la luz necesaria.

Las cruzadas, segun lo evidencia toda la historia aqui trazada, no solo querian libertar á Jerusalem, sino además hacer al Oriente accesible á la civilizaci6n cristiana de Occidente. Bajo este punto de vista se nos ofrecen como una emigraci6n de pueblos encaminada al Oriente, pero que empezó en una época de conocimientos geográficos muy escasos y de recuerdos de relaciones muy poco desarrollados. Estas peregrinaciones solo podían realizarse con un gasto tan enorme de hombres, que por lo mismo era muy dudoso que pudiesen quedar bastantes fuerzas para la colonizaci6n de grandes territorios de Oriente. La gran emigraci6n germánica que tuvo efecto á principios de la Edad media, ha sido muchas veces celebrada como la manifestaci6n mas brillante y mas victoriosa del vigor germánico; pero en otras ocasiones se ha llamado tambien la atenci6n acerca del gran número de pueblos que perecieron horriblemente y se ha comparado con el resultado obtenido, ofreciendo en su vista uno de los cuadros mas conmovedores de toda la historia de la humanidad. No se podrá disputar cierto derecho á esta última opini6n; pero consideremos ahora cuánto mas fácil hubiese sido someter á Francia, Italia y España desde Alemania, que conquistar y poseer la remota Siria, y podremos asegurar que el número de aquellos peregrinos que llegaron á Oriente (prescindiendo ahora de los muchos que volvieron á su patria) era bastante grande, dado el favor extraordinario de las circunstancias, para preparar un lugar duradero á la civilizaci6n europea en el Oriente. En la falta de fuerzas suficientes para la emigraci6n occidental á Siria estriba una de las causas principales del mal resultado de las cruzadas y tal vez la primera.

Esta afirmaci6n será tanto mas justificada, cuanto que durante la emigraci6n de pueblos á las cruzadas, fué aumentando el gasto en hombres extraordinariamente, á causa del entusiasmo piadoso que llenó los corazones de los peregrinos. El espíritu ascético llamó á la vida y alentó en gran parte las peregrinaciones armadas. Sin él habrían sido imposibles en la forma en que se hicieron; pero tambien les quitó muchas de las fuerzas que habia alistado en su favor. En efecto, el mismo entusiasmo que hizo olvidar muchas veces las condiciones esenciales de grandiosas empresas político-militares, arrastró á centenares de miles á la estrechez y á la muerte, contribuyendo á la perdida de los peregrinos.

(1) Aquí aludimos á las opiniones de Voltaire, de Guignes, Heller, Haken, etc., que pertenecen al criterio racionalista de la historia del siglo pasado.

nos, de igual manera, ya las distancias inmensas de las marchas, la dificultad de proveer á las necesidades de la vida y el sol ardiente de Asia. Pensemos únicamente en los tiempos de Pedro el Ermitaño y Bernardo de Claraval, y comprenderemos de un solo golpe de vista cuánto daño causó el espíritu ascético en la direcci6n señalada.

Pero muchos peregrinos vencieron las dificultades que se habian preparado á sí mismos por su falta de prudencia; escaparon felizmente de los peligros de las marchas, de las navegaciones y de las luchas con los seldyucidas, y colonizaron poco á poco una parte considerable de la hermosa tierra de Siria, de modo que á lo menos tenian ya posibilidad los cristianos de establecerse allí definitivamente, con tal que aprovecharan el ya mencionado favor extraordinario de las circunstancias. Pero no lo hicieron así, y la culpa mas grave pesa sobre los francos principalmente, por sus relaciones con los griegos. Ya hemos visto mas arriba qué dificultades preparó la tendencia imperialista de los Comnenos contra el progreso del estandarte de la cruz, y qué funesta fué para Jerusalem y para Constantinopla. Por esto se explica muy bien que la política griega, en la época de las cruzadas, fuera la segunda causa principal de la destrucci6n del dominio cristiano en el Oriente.

Casi desde el principio de la primera cruzada se hostilizaron tambien los francos entre sí, para su mayor desgracia, comenzando los normandos y provenzales. Les siguieron los reyes de Jerusalem, los príncipes de Antioquia, los condes de Edesa y Trípoli, los maestros de los templarios y hospitalarios, y casi todos los grandes de los Estados cruzados. Las rivalidades de los genoveses y venecianos, las discordias de los alemanes, franceses é ingleses, y la direcci6n teocrática de la curia romana ejercieron desde el Occidente una influencia perniciosa en la suerte de las colonias sirias. Los Papas del siglo XIII perjudicaron sobremanera su propia obra, ó sea el reino de Jerusalem, por sus deseos de dominaci6n. La discordia tan variada que dió lugar á la lucha entre el papado y el imperio, y entre los príncipes y naciones de los francos durante la época de las cruzadas, debe considerarse como la tercera causa del triste éxito de la guerra santa.

A la política hay que añadir la moral. En aquella discordia de los francos hubo, á lo menos en muchos casos, perversidad moral. Los peregrinos se dejaron arrastrar á menudo á fechorías repugnantes, y los habitantes de los Estados cruzados no estuvieron exentos de ninguna clase de vilezas, disoluciones y blasfemias. Pero no debe darse demasiada importancia á esta inmoralidad, por grande que ella fuera, y tampoco debe sostenerse, como á veces se ha sostenido, que la corrupci6n de los francos-sirios bastara por sí sola para explicar el mal resultado de la lucha contra el islamismo. Conocemos un gran número de hechos vergonzosos de que se hicieron culpables muchos particulares en Jerusalem, Trípoli y Antioquia; pero no por eso tenemos derecho á pronunciar un fallo general de condenaci6n sobre todo el pueblo, y debemos abstenernos tanto mas de dar tal fallo, cuanto que nuestras fuentes históricas, segun el criterio moralizador de la Edad media, consideran á toda calamidad que cae sobre los cristianos como un castigo de sus pecados. *Pecatis exigentibus*, sufrieron los francos derrotas, y así aparecieron mas pecadores de lo que fueron en verdad. Fuera de duda está el hecho de que hasta la pérdida de Acre, á pesar de la impiedad de personas particulares, se hicieron cosas grandes en las ciudades de Siria, ya en las obras públicas de la paz, ya en el manejo valeroso de las armas; y por esto no se puede negar, por decirlo así, el derecho de existencia á la cristiandad oriental, á pesar de su corrupci6n. Es indudable que

tenemos lo suficiente en cuenta las faltas morales de que se hicieron culpables los francos para su perdici6n, mencionándolas aqui en cuarto y último lugar, como una de las causas principales del mal resultado de las cruzadas.

Si recapitulamos brevemente todo lo dicho y nos fijamos en el órden cronológico en que hemos presentado las «causas principales» de la gran tragedia de las cruzadas, tenemos el siguiente resultado. Inmensas masas de hombres se dirigen al Oriente, tal vez suficientes para conquistar de una manera estable grandes territorios. Pero los inconvenientes del carácter ascético, las molestias de las marchas y la espada del enemigo causan pérdidas de consideraci6n. Quedan todavia esperanzas de un buen resultado; pero cuando la fuerza de los francos ha sido destruida casi por completo en la lucha funesta con los seldyucidas y con los griegos, las esperanzas del porvenir son del todo desconsoladoras. Desde entonces se presenta la gran cuestion vital de las faltas morales cometidas por los cruzados, que tanto daño causan á la organizaci6n pública; y al propio tiempo las divisiones del Occidente, principalmente entre la Iglesia y el imperio, y que tan funesta influencia ejercen sobre las colonias sirias (1). Sucumben luego los últimos defensores de la cruz en lucha desesperada sobre la costa siria. El Occidente ya no envia socorros, pues el espíritu ascético se ha extinguido ya por las mismas causas que causaron la ruina de los Estados cruzados. Hay indignaci6n en Europa por la inmoralidad de que se hacen culpables los guerreros de Cristo en el Oriente, y se aspira á romper las cadenas que aprisionan el espíritu de las naciones. Entre todos los medios que la Iglesia habia empleado para establecer la teocracia, ninguno tal vez le perjudicó tanto como el abuso de la predicaci6n de la cruz, abuso que indignó lo mismo á los defensores del santo sepulcro que á los de la Sede romana.

¿De qué modo tan distinto hubiera podido desarrollarse la emigraci6n de las cruzadas si las causas del mal resultado no hubiesen sido tantas y tan diversas! Prescindiendo de algunas, parece muy natural que Siria hubiese llegado á ser un poderoso país de los francos, y el Asia Menor el baluarte del imperio griego. El Norte de Africa, separado así del Asia musulmana, apenas hubiera podido mantenerse en independiente hostilidad contra la cristiandad fortalecida, y se hubiera reconquistado por este medio casi todo el territorio de la civilizaci6n griega y aun podemos decir de la civilizaci6n occidental. En vez de este gran resultado vino la destrucci6n de las colonias de Siria, y desde entonces comenzaron á asolar los magníficos territorios del Asia occidental y del Africa del Norte los mogoles, mamelucos y osmanes, y á sumirlos como consecuencia en la miseria y la barbarie. El cultivo del país se fué reduciendo á límites cada vez mas estrechos; las altas llanuras se esterilizaron; los pueblos quedaron destruidos y los habitantes perecieron. Procedentes del Asia prepararon los osmanes la misma triste suerte á las provincias europeas del imperio griego y á los países del Danubio inferior, y á duras penas se puso término á su avance en las fronteras de Alemania.

Además de esto, se nos ofrecen las cruzadas como un golpe de ataque, no menos vigoroso que de malos resultados para

(1) Nótese que la perversidad moral de los cristianos sirios no llegó sino poco á poco á ser un peligro serio para la existencia de los Estados cruzados. Principalmente despues de las victorias de Saladino y de los desengaños amargos que produjeron las siguientes cruzadas, fueron cada vez mayores la falta de consideraci6n á los intereses comunes, la repugnante avaricia en todas sus formas, la horrible liviandad, la incredulidad y la superstici6n. Pero en el fallo de condenaci6n que merece aquella perversidad, no debemos olvidar que de igual mal adolecia entonces el Occidente, y tampoco lo que influyeran la perversidad é impiedad de Europa sobre las colonias sirias.

Occidente, contra el mundo oriental, que desde muchos siglos se iba ensanchando victoriosamente. A la derrota de los cristianos suceden los resultados mas brillantes del islamismo, y á excepci6n de la península pirenaica se extiende su territorio por todas partes. Al terminar la Edad media solo queda la mitad occidental de Europa, y ésta ya amenazada, como único refugio de la civilizaci6n cristiana.

Pero los inmensos sacrificios que en vano hizo el Occidente, las pérdidas en extremo dolorosas que sufrió, toda la tragedia de las cruzadas con sus horribles consecuencias, todo esto debia ser recompensado con creces por el progreso general de la civilizaci6n que promovieron las peregrinaciones armadas á Tierra Santa (2).

Esto es perfectamente exacto, pero no nos debemos contentar, como á menudo sucede, con pensar en el conjunto de conocimientos que adquirieron los cristianos en las cruzadas, sobre todo de sus adversarios, considerándolos tan solo como una compensaci6n á todos aquellos males; pues así no se daría la satisfacci6n debida á la verdad de las cosas y á la magnitud majestuosa de los desenvolvimientos históricos.

Detengámonos un momento á pensar en la significaci6n que tuvieron los siglos de las cruzadas ó de la Edad media en la civilizaci6n de los pueblos mahometanos. Los resultados aquí no fueron tan buenos. Es verdad que la invasi6n árabe sobre el Asia occidental y el Africa del Norte estableció una rica corona de Estados civilizados mahometanos; que la energía de los árabes se aprovechó dócilmente de los productos de la civilizaci6n antigua y cristiana que halló en los países conquistados, y que continuó independientemente de la suya; que los cristianos encontraron á los Estados islámicos, todavia durante las cruzadas, en el esplendor de sus conocimientos científicos y de su poderosa influencia; pero no se realizó mayor progreso, pues los pueblos que en el trascurso de la época de las cruzadas dominaron en el territorio del islamismo, las tribus turcomanas de los seldyucidas y de los osmanes, los mamelucos y mogoles, no pudieron ensanchar con sus propias fuerzas el imperio del saber humano; antes bien vivieron del capital que los países sometidos les ofreciera. Se realizó poco á poco una paralizaci6n y despues un decaimiento que fué progresando rápidamente de siglo en siglo. El vigor militar del islamismo quedó sin embargo bastante fuerte aun para expulsar á los cristianos de Asia, y fué tambien capaz de hacer extensas conquistas en Europa, que sufrió todavia por siglos enteros muchos de aquellos males que habian causado la decadencia en el Oriente; pero cada dominaci6n de los musulmanes se fué limitando mas y mas á las reformas de un brutal despotismo militar, destruyó y pisoteó el bienestar y la civilizaci6n de los pueblos sometidos, y apareció desde entonces, como hoy día, cual poder civilizador solo para tribus bárbaras, como por ejemplo, para el interior de Africa.

La terrible grandeza de la tragedia histórica que se representó en la época de las cruzadas, puede solo comprenderse recordando las calamidades que causaron en los siglos siguientes los musulmanes y principalmente los osmanes en los territorios por ellos dominados. Por todas estas calamidades habia de venir una compensaci6n con el progreso que la civilizaci6n occidental señaló desde los dias de Godofredo de Bullon. Veamos hasta qué punto podemos reconocer la exactitud de este juicio.

(2) Una buena consecuencia de las cruzadas fué que influyeron de varias maneras cristianizando y civilizando al mundo eslavo. Los príncipes de la Escandinavia, por ejemplo, se valieron en este sentido del resultado del diezmo de cruzada, y principalmente la Orden teutónica halló en el mar Báltico un terreno fructífero de su actividad. Entrar en mas pormenores sobre este asunto no corresponde á nuestra obra.